

na hasta su consagración definitiva como la más grande, con un final glorioso que es, para ella en su dorado ocaso, como un arrullo de aplausos...

Me rindo otra vez, y para no terminar tan tristemente, a la tentación (otra vez el lugar común) de reproducir dos de las, esas sí, contables aunque numerosas anécdotas que ella recuerda en su libro. La primera:

Germán Arciniegas es un hombre de gran encanto. La gracia, el humor y la simpatía le brotan por los poros. Enrique (mi esposo) y yo solíamos tropezarnos con él en algún país de Europa, de América y hasta de África. En cierta ocasión llegamos simultáneamente a Bogotá, Germán con Gabriela (su esposa) y mi marido y yo, y uno de los diarios sacó una nota muy ocurrente: "Acaban de llegar Gabriela con Germán y Berta Singermán".



La segunda:

En Medellín, a poco de empezar mi recital, se produjo un apagón. ¿Qué hacer con un teatro lleno sin luz? Había dos opiniones: suspender el espectáculo o seguir recitando en la oscuridad. Decidí lo segundo. El público no se movió, escuchándome completamente entregado. Así terminó el recital, y hasta tuve que decir bises. Fue ésta una curiosa experiencia que me permitió apreciar hasta qué punto un espectáculo, ya de por sí de máxima simplicidad, puede todavía desnudarse aún más dejándolo todo al poder y a la sugestión de la voz.

Y al poder y a la sugestión de la voz de Berta Singerman, y también sin poder verla ahora, quedamos esta noche. Oigámosla.

ROGELIO ECHAVARRÍA

Editores literarios

Una tradición hermosa y singular dentro de la historia de la industria editorial colombiana es aquella que combina la orientación cultural con las afugias y descabros de la vida comercial. Se trata, casi siempre, de empresas editoriales emprendidas por destacadas figuras de nuestro mundo creativo e intelectual que buscaron propalar sus ideas, y se enfrentaron a las estrecheces y penurias de un muy reducido mercado. Aun así, decenio tras decenio marcando una ininterrumpida secuencia de renovación y calidad.

Paradigmática, en tal sentido, es la figura de Germán Arciniegas (1900-1999), quien, con su herencia materna y con el apoyo de un entonces desconocido que luego sería uno de los más grandes urbanizadores colombianos y alcalde de Bogotá, Fernando Mazuera, fundó Ediciones Colombia, que empezó labores en enero de 1925 y alcanzó a publicar unos treinta títulos. Los libros, en sencillo papel periódico y con un directorio profesional de avisos pagados en sus páginas finales, muestran no sólo la ya sensible preocupación americanista de Arciniegas sino también su olfato alerta para detectar novedades valiosas. Sus primeros veinticinco títulos son harto elocuentes en tal sentido:

1. Poemas de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbouro, Delmira Agustini, Alfonsina Storni.
2. Cuentos de autores colombianos.
3. Poemas de Guillermo Valencia, Víctor M. Londoño, Cornelio Hispano y Max Grillo. Prólogo: Rafael Maya.
4. *Glosario sencillo*, de Armando Solano.
5. *Conversando*, de Laureano García Ortiz.
6. Cuadros de costumbres santafereñas.
7. Los poetas de América: Julio Herrera y Reissig, Leopoldo Lugones, Enrique González Martínez.
8. *El zarco*, de Tomás Carrasquilla.

9. *Nubes de ocaso*, de Alejandro Mesa Nicholls.
10. *Pasando el rato*, de Tomás Rueda Vargas.
11. *El tonel de Diógenes*, de Enrique Restrepo.
12. *El libro de veraneo* (cuadros de costumbres).
13. *Rogelio*, de Tomás Carrasquilla.
14. *En las tierras de oro*, de Roberto Botero Saldarriaga.
15. *Literatura colombiana*, de Antonio Gómez Restrepo.
16. *Las conversaciones*, de Papa Rico.
17. *Hombres de fuerza*, de Luis Eduardo Nieto Caballero.
18. *Historia natural de los fantasmas*, crónicas y supersticiones de Santafé de Bogotá.
19. *La novela de los tres y varios cuentos*, de José Restrepo Jaramillo.
20. *Bogotá*, de Antonio Gómez Restrepo.
21. *Cuentos escogidos*, de Ecco Neli.
22. *Indagaciones e imágenes*, de Baldomero Sanín Cano.
23. *Prosas*, de José Asunción Silva.
24. *Oraciones fúnebres*, dos tomos, de monseñor Rafael María Carrasquilla.
25. *El carnero de Bogotá*, de Juan Rodríguez Freyle.

La colección prosiguió luego con libros de Guillermo Valencia, Rafael Maya y uno de Carlos García Prada: *La personalidad histórica de Colombia* (1926). Un título que curiosamente Jaime Jaramillo Uribe repetiría cincuenta años después: *La personalidad histórica de Colombia* (Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977). Ediciones Colombia quebraría luego, honorablemente, pero ya había logrado convertirse en indudable precursora del libro de bolsillo y había logrado llamar la atención sobre destacadas figuras de nuestras letras (Carrasquilla, Sanín Cano). Sin olvidar por ello cierta notable intuición periodística al recopilar en libro el célebre debate en el senado sobre la pena de muerte, protagonizado por el maestro Guillermo Valencia.

Desde Manizales, un editor singular

“Compre, lea y regale libros nacionales. Escritos, editados o traducidos en Colombia”: con estas palabras, en la década de los treinta, y desde Manizales, la Casa Editorial y los Talleres Gráficos de Arturo Zapata, dieron un acertado ejemplo de industria editorial con definida orientación literaria y, ¿por qué no decirlo?, con clara definición ideológica. Desde la provincia y con sincera preocupación social, Arturo Zapata logró elaborar un catálogo editorial de primer orden.

Para comenzar, se destacan dentro de su propósito obras como *Mi Simón Bolívar* y *El remordimiento* de Fernando González, éste último con un valor de un peso. Vendrían luego otras de Rafael Arango Villagas como *Bodas mías*, que alcanzaban las tres ediciones, y otro de su autoría que también tuvo amplia repercusión: *Asistencia y camas*.

Vendrían luego las célebres narraciones de cauchería de César Uribe Piedrahíta: *Toá*; *En carne viva*, de Bernardo Arias Trujillo; *60 minutos*, de Tomás Calderón, y *Colombia S.A.*, de Antonio García, donde el que luego sería sociólogo, activista político y experto en reforma agraria, en el ámbito latinoamericano, incursionaba en juveniles formas de denuncia a través de la ficción narrativa. Más consistente en su vocación literaria, y con obra más sólida en dicho campo, José Antonio Osorio Lizarazo vería, en marzo de 1935, publicada por Zapata una de sus novelas: *La cosecha*, afín, en su análisis crítico, a la zona cafetera donde la editorial adelantaba su tarea.

Pero no sólo la que pudiéramos denominar, en forma genérica, literatura realista, con énfasis en la problemática social, domina en sus ediciones. Las *Divagaciones filológicas*, del maestro Baldomero Sanín Cano, lo mismo que los *Pueblos de allá*, del poeta samario Gregorio Castañeda Aragón y las leyendas y tradiciones colombianas, agrupadas por Enrique Otero D'Costa, corroboran los diversificados intereses del editor. Las ilustraciones de Alberto Arango

Uribe, para el último título mencionado, demuestran cómo el editor tenía cabal conciencia de la importancia gráfica de la ilustración y un estilo definitorio que identificara estéticamente sus carátulas. Forma y contenido se fusionaban y complementaban de forma admirable, de acuerdo con el tono de época.

Un núcleo afrancesado en Bogotá

“Libros escritos, traducidos, impresos en Colombia”: con este lema la librería Suramérica de Bogotá (carrera 7 N.º 19-08) publicó, ya en la década de los cuarenta, una sugestiva colección, Navegante, dentro de la cual vale la pena destacar sus versiones al español de autores franceses: correspondían a una cabal orientación editorial. Así Andrés Holguín traduce de Paul Valéry sus *Cuatro maestros franceses* (Stendhal, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé), en 1944. Hernando Téllez, quien ya para la Revista de las Indias había traducido a Jean Giraudoux (1941) y Jean Cocteau (1943), traduce las *Entrevistas imaginarias*, de André Gide, en 1944; Eduardo Caballero Calderón los *Salones y la vida de París*, de Marcel Proust, en 1945, y Darío Achury Valenzuela la primera versión al español del *Señor Teste* de Paul Valéry, en 1946.

Sin lugar a dudas, un encomiable esfuerzo al cual se añaden libros de historia como el de Alberto Miramón sobre Manuelita Sáenz, los dos volúmenes de crónicas periodísticas de Germán Arciniegas sobre Estados Unidos titulados *En el país del rascacielos y las zanahorias* (1945), o los *Ejercicios espirituales* de Silvio Villegas.

Un trasterrado español: Clemente Airó y sus Ediciones Espiral

Es ya proverbial en la historia de la industria editorial en América Latina el reconocimiento al papel desempeñado por los editores españoles del exilio republicano en la consolidación y auge de la industria editorial en este continente, de México a Buenos Aires, de Joaquín Díez Canedo a Gonzalo Losada, el mítico editor de Pa-

blo Neruda, Miguel Ángel Asturias y Rafael Alberti. Guardadas proporciones, también Colombia tuvo en Clemente Airó, a caballo entre las décadas de los cuarenta y los cincuenta, un editor fecundo y singular. Cuentista, novelista y crítico de artes plásticas, no sólo fundó y animó la revista *Espiral*, que alcanzó más de un centenar de entregas, sino que consolidó un trabajo editorial de gran significación. En primer lugar, por prestar atención a todos los géneros y a diversas generaciones, con amplitud. Se hace evidente en el caso de la poesía, donde editó, entre otros, *Tiempo de luz*, de Rafael Maya; *Soledades*, de Jorge Rojas; *33 poemas*, de Carlos Castro Saavedra, y *Presencia del hombre*, de Jorge Gaitán Durán, en 1947, con ilustraciones de Julio Abril. También *Espiral* editará la *Antología de la nueva poesía colombiana*, que compiló en buena parte el mismo Gaitán Durán. Eso sin olvidar otros varios libros de poemas de Octavio Amórtegui, Guillermo Payán Archer, Carlos López Narváez, Maruja Vieira, Jaime Tello y varios más.



En novela vale la pena mencionar las primeras obras de Manuel Zapata Olivella, como *Tierra mojada*, y en teatro la célebre *Luna de arena*, de Arturo Camacho Ramírez, además de obras de Arturo Laguado y Alberto Dow. Vale destacar dentro de este género, tan descuidado editorialmente, la traducción de Carlos López Narváez de *Juana de Arco*, de Paul Claudel, aparecida en 1950.

Por su parte, en el ensayo se encuentran el libro de Jorge Zalamea, *Minerva en la rueca*, donde, al referirse a sus traducciones de Saint-John Perse, hablará de “La consolación poética”; Juan Friede: *El indio en la lucha por la tierra*, un libro pio-

nero en la renovación historiográfica; el *Refranero colombiano*, de Luis Alberto Acuña; los *Estudios críticos*, de Otto Morales Benítez, y la *Sombra de los días*, del hoy en día único sobreviviente del grupo de Piedra y Cielo: Carlos Martín.

Una línea editorial que Espiral cultivó de modo pionero y sistemático es la referida al arte. Allí se destacan los libros de Juan Friede: *El pintor colombiano Carlos Correa*; Walter Engel: *Problemas sociales en las artes plásticas*; Juan Friede: *Luis Alberto Acuña* y *Marco Ospina: Pintura y realidad*.

Un hecho que no debe pasarse por alto en el caso de Espiral son sus ediciones de tema americano, como el caso de *Compadre Mon*, romancero antillano por Manuel del Cabral; las *Poesías juveniles* de Pedro Henríquez Ureña; el libro de Emilio Rodríguez Demorizi: *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*, y una de las novelas ya emblemáticas de la renovación literaria venezolana: *También los hombres son ciudades*, de Oswaldo Trejo, publicada en 1962, cuando Trejo desempeñaba el cargo de agregado cultural de Venezuela en Colombia.

La larga andadura editorial de Espiral, simbólicamente enmarcada entre 1947, con el libro de Gaitán Durán, y 1962, con el libro de Trejo y la abundante variedad de su catálogo, del cual sólo hemos destacado algunos hitos, nos demuestran su importancia y significación.

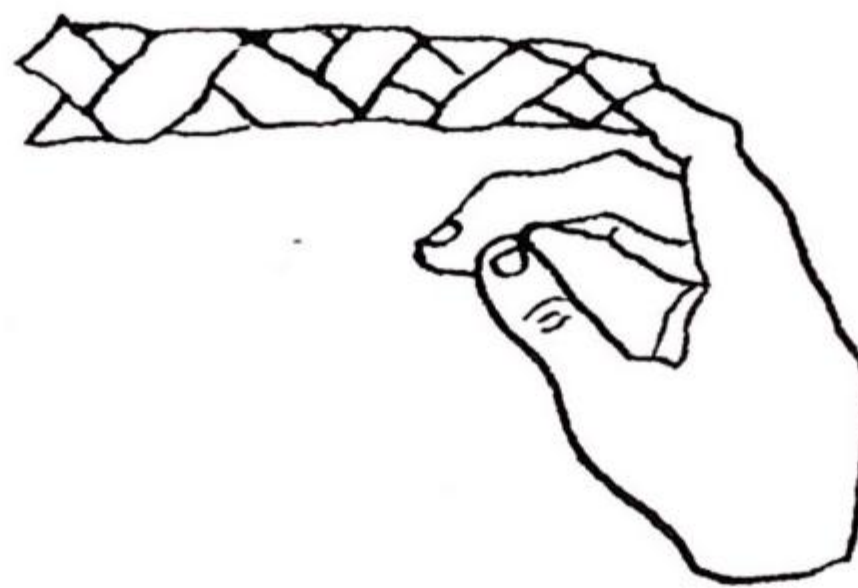
Las Ediciones Mito (1955-1962)

Del mismo modo que el poeta Jorge Rojas financió los celeberrimos cuadernos de *Piedra y Cielo*, con los cuales se hizo presente en la vida literaria su generación (Carranza, Camacho Ramírez, Darío Samper, Gerardo Valencia), así el poeta Jorge Gaitán Durán (1924-1962) realizó, paralela a la revista Mito, una tarea editorial de gran coherencia y valía.

Los cinco títulos que componían la primera serie de ediciones Mito, son dicentes por sí mismos: *Literatura y sociedad*, de Hernando Téllez (1956); *Pesadumbre de la belleza y otros cuentos y apólogos*, de Baldomero Sanín Cano; *Muestras del dia-*

blo, de Pedro Gómez Valderrama; *El museo vacío*, de Marta Traba (1958), y *Sade: textos escogidos y precedidos por un ensayo: el libertino y la revolución*, de Jorge Gaitán Durán (1960), dedicado a Octavio Paz.

Gaitán era un destacado poeta y ensayista, con vocación americana y recursos económicos. De ahí que, como socio de la editorial Antares, haya podido propulsar ambas empresas, revista y editorial, con definida personalidad tipográfica y un sobrio buen gusto que recordaba empresas francesas de la misma índole como la Nouvelle Revue Française o Les Temps Modernes y en general las ediciones de Gallimard con sus sobrios títulos rojo y negro jugando sobre fondos blancos.



La segunda serie incluía: *La tortuga, símbolo del filósofo*, de Andrés Holguín; *Mi novela (apuntes autobiográficos de Alfonso López)* por Hugo Latorre Cabal; y más adelante: *Los hampones*, una ópera del mismo Gaitán Durán, con música de Luis Antonio Escobar y escenografía de David Manzur; *600 días con Fidel*, de Fulgencio Lequerica Vélez; *Estado fuerte o caudillo*, de Mario Laserna, y *Los últimos días de López*, de Alfonso López Michelsen; *Sólo existe una sangre*, poemas de Andrés Holguín; *El papel del coro*, poemas del poeta español José Manuel Caballero Bonald, que apareció en 1961; y *La casa grande*, la novela de Álvaro Cepeda Samudio.

Con sobriedad y buen gusto, los volúmenes de las ediciones Mito incorporaron como ilustradores a destacadas figuras de nuestras artes plásticas. Así *La vida cotidiana*, de Eduardo Cote Lamus (1959), lleva un retrato del poeta realizado por Oswaldo Guayasamín, y *Si mañana despierto*, de Jorge Gaitán Durán, de

1961, un retrato del poeta realizado por Lucy Tejada. Otros volúmenes contaron con el talento de artistas como Alejandro Obregón, Juan Antonio Roda o Augusto Rivera. No sobra señalar que varias e importantes separatas de la revista adquirieron con el tiempo el carácter de verdaderos volúmenes independientes, como es el caso de *Memoria de los hospitales de ultramar*, de Álvaro Mutis, aparecida en el número 26 de la revista, correspondiente a 1959.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

De la B L A A

El Museo de Arte del Banco de la República

El Banco de la República desde sus comienzos, en los años veinte y treinta del siglo pasado, ha apoyado la cultura. De esas épocas datan los inicios de las colecciones de numismática y orfebrería, creadas con la intención de preservar y defender el patrimonio artístico y cultural colombiano. A ese atesoramiento se une el desarrollo de otras colecciones que son referencia obligada para el conocimiento de la historia de Colombia: la colección documental (bibliográfica, hemerográfica, audiovisual), la de arte, a partir de 1957 y la de filatelia.

Para poner a disposición del país todo este acervo era necesario tener edificios adecuados, en donde los objetos estuvieran bien conservados y bien expuestos. Es así como, en 1957, se termina la sede de la Biblioteca Luis Ángel Arango, en el barrio histórico de La Candelaria; en 1965 se abre la Sala de Concursos; en 1968 el Museo del Oro tiene una sede propia; en 1990 se reinaugura la Biblioteca Luis Ángel Arango con sus 44 mil metros cuadrados, mientras que en 23 ciudades de las 28 en donde el Banco de la República tiene sucursal se construían edificios para los programas culturales o se adecuaban